GESTOS INUTILES

IV

¿Cuál es el fin del militarismo? ¿A qué tarea son destinados los innumerables ejércitos levantados en los países donde impera el militarismo? La guerra, y nada más que la guerra.

Y somos testigos del terrible y pavoroso significado que encierra esta palabra: guerra.

Desde un año y cuatro meses a esta parte, la guerra se hace en más de la mitad de Europa. Unos catorce millones de hombres han desertado de los campos, los talleres, las fábricas; han abandonado la producción útil, el gesto creador que alimenta, aloja, viste y recrea, para empuñar el arma que destruye, que devasta y mata.

Para destruír y matar en mayor escala y más arteramente, el hombre se ha hecho pájaro, se ha convertido en pez: surca los aires y siembra el incendio, la ruina, la muerte, en un gesto trágico, a través de los campos, los villorrios, las ciudades.

Nadando debajo de las aguas, acecha el paso de buques cargados de pasajeros de todas edades y, arteramente, precipita infantes, adultos y ancianos de los dos sexos en el fondo del abismo de los mares.

Las vías férreas son minadas para que al pasar los trenes una horrenda explosión destroce a los pasajeros; y en el fondo de las aguas, llevadas por las corrientes, otras minas infernales amenazan a las embarcaciones que surcan la superficie.

El hombre se ha vuelto pájaro y pez, decimos; pero se nos olvidaba que también se ha hecho topo. Cavando agujeros, zanjas, galerías, trata de avanzar oculto a la vista, hacia otros hombres, para volarlos, aniquilarlos.

En la superficie de la Tierra, en el subsuelo, en los aires y en las aguas, millones de hombres están haciendo esfuerzos colosales, trabajos gigantescos, gestos múltiples y variados, que abarcan toda la ciencia; pero estos gestos no son productivos, sino destructivos; no son útiles, sino nocivos, porque toneladas y más toneladas de hierro, acero, cobre, aluminio, son labradas para servir de instrumentos de muerte y de destrucción. La ciencia del ingeniero se aplica a confeccionar y perfeccionar máquinas de sorprendente delicadeza y precisión, con el sólo fin de destruír y de matar. El químico arranca sus secretos a la Naturaleza para que combinaciones de gases y substancias destruyan edificios y asfixien seres humanos.

Y más de media humanidad está ahora trabajando en toda la tierra para enviar a los ejércitos que luchan provisiones de todas clases: vestuario, armas, pólvoras, explosivos, ferrocarriles, barcos, aereoplanos. Media humanidad ha trabajado durante años y años para alimentar, vestir, alojar, a millones de hombres que hacían el aprendizaje del arte de matar. Media humanidad ha trabajado para acumular montañas de hierro, acero, cobre, aluminio, para tranformar estos metales en fusiles, bayonetas, cañones, trenes blindados, acorazados, submarinos, aereoplanos e instrumentos científicos.

Y esta fabulosa suma de esfuerzos, trabajos y estudios, todos estos gestos con un solo fin: la guerra.

Basta señalar ese fin absurdo de tantos gestos inútiles para condenar el militarismo a la execración de los hombres.

Basta contemplar los estragos y las ruinas que la guerra engendra para darse cuenta de la abundancia y del bienestar que reportarían a la humanidad esos gestos aplicados a una producción útil.

En vez de tantas ruinas, ¿cuántas casas higiénicas se construirían?

En vez de tantos fusiles y cañones, ¿cuántas máquinas productoras, útiles, benefactoras, serían puestas a disposición de los trabajadores, aliviando sus esfuerzos y cambiando su actual trabajo penoso en un *sport* agradable? ¿Cuánto más llevadero sería el trabajo si los millones de hombres que se están matando dejaran el fusil, el cañón, el instrumento de muerte, para empuñar la herramienta, dirigir la máquina sembradora en los campos o transformadora en los talleres?

Es verdaderamente asombroso lo que el hombre trabaja para acumular tanta ruina y causar tantos dolores, mientras que todos esos gestos inútiles y nocivos podrían transformarse en una fuente de bienestar, de placer y armonía.

¿Cuándo cesará el hombre de ser un «lobo para el hombre?» ¿Cuándo sabrá aplicar los esfuerzos de su industria y de su ingenio a la producción útil, la que garantizaría la paz fundada en la dicha común?

SOUVARINE.

A UN COLEGA

Ha salido a la luz un nuevo semanario, *El Otro Mundo*, y cumplimos con nuestro deber de compañeros de prensa saludándole y deseándole larga vida —aunque desde su primer número se coloca «del otro lado de la barricada» en la que combatimos.

El Otro Mundo, según el artículo en el que se presenta a sus lectores, significa nada menos que España, esa España «que no empaña», noble, caballeresca, grande, tan grande que no cabe en sí, que invade el mundo, que se la encuentra en todas partes y se la encontrará en todos los tiempos venideros....

Vaya, vaya; lástima que ese lirismo, ese himno a España, no pueda conmover sino a los españoles; porque en lo que toca a los otros pueblos.... el cántico les resulta una cantilena, y en cuanto a nosotros, inconoclastas, tan ateos en patriotería como en religión, nos resulta una lata.

Hemos leído, en efecto, cosas semejantes en autores de todas las naciones; sabemos que cada nación es el «ombligo de la tierra»; que es